



acompañamiento • articulación • formación • comunicación • investigación • memoria

#Ayotzinapa, espejo de una guerra sin fin: el nombre de nuestra esperanza

Once años, 43+ ausencias: seguimos exigiendo verdad, justicia y no repetición

Cuando en diciembre de 2006, Felipe Calderón apareció en televisión con chaqueta militar para anunciar el despliegue del Ejército en Michoacán, declaró que la patria estaba en riesgo y que era necesario “recuperar los territorios del crimen organizado”. Ese gesto inauguró oficialmente una guerra abierta “contra el narcotráfico”. Lo que siguió no fue la paz prometida, sino un río de sangre que aún no se detiene: asesinatos, masacres, desplazamientos forzados, pueblos enteros sometidos al miedo y una herida abierta que se llama desaparición forzada.

El sexenio de Enrique Peña Nieto no significó un cambio de fondo. Cambió la narrativa —se habló de modernización y reformas estructurales—, pero la violencia continuó. Los escándalos de Tlatlaya, Tanhuato y, sobre todo, Ayotzinapa, mostraron el rostro brutal de la continuidad: ejecuciones extrajudiciales, desapariciones y complicidad entre autoridades y crimen organizado. La llamada “verdad histórica” sobre los 43 normalistas sintetizó a un régimen más preocupado por la imagen y el saqueo irrestricto que por la justicia.

En 2018, la llegada de Andrés Manuel López Obrador hizo confluir un mar de expectativas. Su promesa de “abrazos, no balazos” buscaba frenar la espiral de guerra y apostar por la prevención social (sobre todo en las y los jóvenes). Logró frenar el crecimiento exponencial de la violencia, pero no desmontó las estructuras criminales ni fortaleció a fondo la justicia civil. La militarización no sólo continuó bajo otros nombres, sino que incrementó el poder de las fuerzas armadas en funciones civiles, mientras la corrupción y la impunidad permanecieron como regla.

Con Claudia Sheinbaum, desde 2024, se anunció un nuevo comienzo: “inteligencia”, “coordinación”, “atención a las causas”. Sin embargo, las cifras muestran otra realidad: más de 33 mil homicidios desde 2024 y miles de desapariciones nuevas en 2025. Cambió narrativas, pero no el modelo militarizado ni sus consecuencias. Tampoco las razones de la barbarie, que son el despojo y la acumulación capitalista.

En 2011, el asesinato de Juan Francisco Sicilia, hijo del poeta Javier Sicilia, desnudó lo que muchos querían ocultar: la “guerra” no era seguridad, sino una maquinaria de muerte que devoraba vidas inocentes. Y en 2014, la tragedia de Ayotzinapa marcó otro parteaguas. Los 43 estudiantes normalistas desaparecidos en Iguala encarnaron la barbarie del crimen aliado con el Estado. Con su

lucha, sus madres y padres impidieron una doble infamia: la de decretar el fin de la guerra por silencio mediático y la de desaparecer a los desaparecidos de la memoria colectiva.

Once años después de la noche de Iguala, seguimos sin verdad, sin justicia y sin garantías de no repetición, y con una cifra interminable de muertes y desapariciones forzadas. Cada número representa una silla vacía, un futuro truncado, una familia rota.

Se han cambiado las narrativas oficiales, pero no la realidad de fondo: la militarización sigue siendo la columna vertebral de la seguridad, la impunidad rebasa el 90% de los delitos y las víctimas siguen buscando solas.

Lo que ha sostenido la esperanza no son las instituciones, sino las organizaciones civiles. Son las madres buscadoras, los colectivos de familiares y las comunidades quienes han encontrado fosas, identificado restos y visibilizado la magnitud de la barbarie. Ellas y ellos han hecho lo que las autoridades no pueden o no quieren hacer: *arrancar la verdad de la tierra y ponerle nombre a las y los ausentes*.

Desde 2006, lo que tenemos es continuidad más que ruptura. La verdadera transformación no vendrá de arriba, sino de abajo: de los pueblos y comunidades que se organizan, de las madres buscadoras que no se rinden, de las redes de solidaridad que se niegan a callar.

Porque lo que está en juego no es solo una estrategia de seguridad, sino el presente y futuro de nuestras comunidades y de nuestra juventud: *¿Queremos un México sumido en el abismo del miedo o un México de vida plena para todas y todos?*

En nuestros pueblos y barrios sabemos que la violencia no es un asunto abstracto: es la hija que no regresa, el vecino asesinado, la familia desplazada. No son números, son vidas. Y ante esta realidad, las comunidades no podemos quedarnos en silencio ni delegar toda la responsabilidad en los discursos oficiales. Necesitamos:

- Mantener viva la memoria de las víctimas y acompañar a quienes buscan a sus desaparecidos.
- Fortalecer nuestras redes de cuidado comunitario, para que la violencia no destruya nuestros lazos sociales.
- Acompañar a nuestra juventud en la esperanza y en la organización, para que el crimen no sea la única salida que se ofrezca.
- Exigir verdad y justicia, más allá de las promesas de cualquier gobierno.

¡Porque viv@s se l@s llevaron, Viv@s l@s queremos!

#AyotzinapaVive #LaLuchaSigue

¡Verdad y Justicia para Nuestr@s Desaparecid@s!



Ciudad de México, a 26 de septiembre de 2025